

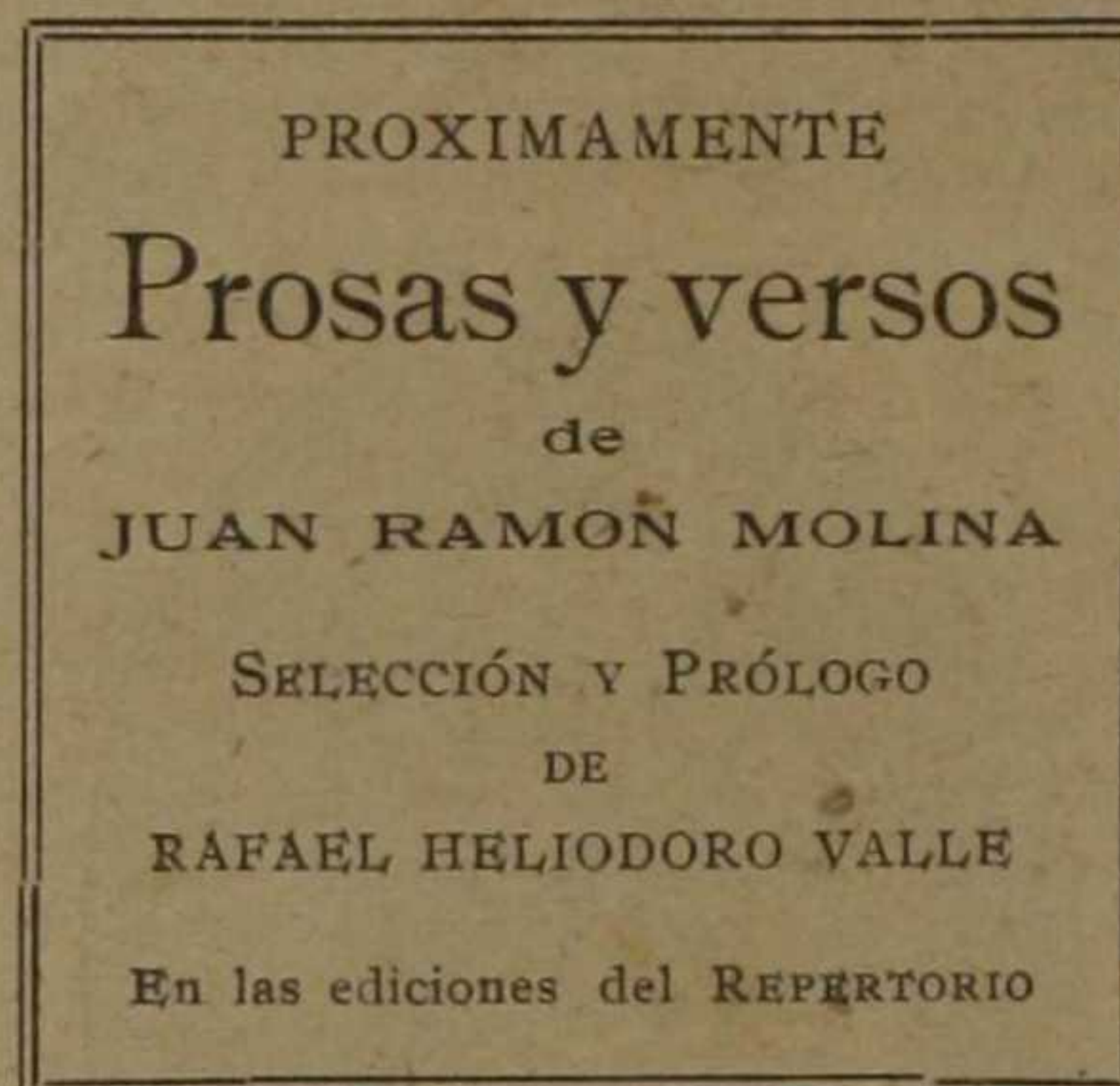
lina, dice lo siguiente: «Nació con el aire pensativo y melancólico del quetzal indio y la orgullosa altivez del cóndor de los Andes». «Se enorgullecía de que su tipo se aproximara al tipo de belleza concebido por los griegos». (Sevilla). «Era realmente hermoso; pero no tenía más que cinco pies siete pulgadas de altura y era un poquito grueso para su estatura, cosa que le atormentaba terriblemente, porque no ha habido nunca un hombre más presumido que Molina. No sólo se vanagloriaba de su capacidad mental y de su educación, sino que se enorgullecía de su apariencia física. Solía decir que había nacido con el modelo de un soneto en la mano y que si hubiera tenido dos pulgadas más de altura, habría sido la verdadera imagen de Apolo». (F. Molina).

Frecuentemente un escritor revela su manera de ser al describir a otro o al criticarlo. Molina describe a Ramón Vereá, el editor de «El Progreso», Nueva York, cuando se presentó en una brillante recepción dada en su honor en la ciudad de Guatemala. Molina esperaba encontrar en Vereá un hombre de apariencia distinguida, mas al conocerlo le pareció «un hombre cualquiera», y tanto los rasgos de su fisonomía como su personalidad carecían de los elementos que pueden impresionar. En general su apariencia era ordinaria y no revelaba en manera alguna conocimiento de la vida. Parecía disgustado con los hombres y con las cosas en general y le sorprendía la admiración y el entusiasmo de los jóvenes que lo festejaban. Se presentó en el salón de recepciones con un vestido que no le quedaba bien, todo arrugado, y con una expresión de ofuscamiento ante la brillante iluminación, que le hacía mirar estúpidamente el salón admirablemente decorado y lleno de lindas mujeres. Escuchaba con indiferencia los brillantes poemas que recitaban en honor suyo. Como puede verse en esta descripción, Molina deja ver cosas que para Vereá eran desagradabilísimas. Hay una razón para que Molina fuera tan orgulloso. Cuando los españoles colonizaron la América Latina, España estaba en el apogeo de su gloria y el sol no se ponía en sus dominios. Los descendientes de los conquistadores, los «caballeros» latino-americanos son el tipo de hombres más orgullosos que hay sobre la tierra.

Cuando Molina era aún un escolar, escribió los primeros versos satirizando al maestro por sus barbaridades y burlándose de sus compañeros, que por miedo se sometían a los caprichos del señor de horca y cuchillo. Principió su educación en Tegucigalpa y completó en la ciudad de Guatemala, donde recibió el título de Bachiller en Ciencias

y Letras. Cuando comenzó a estudiar en la ciudad de Guatemala, apenas tenía 13 años y dice Sevilla que se distinguía en literatura y que era un mal estudiante en matemáticas. En sus primeros tiempos de Guatemala conoció a Rubén Darío, a quien todos llamaban «el poeta niño». Entonces comenzaba Molina a iniciarse en el periodismo guatemalteco. Al terminar sus estudios se fué a Quezaltenango, Guatemala, y durante algún tiempo fué el editor de «El Bien Público». Algún tiempo después regresó a la ciudad de Guatemala y comenzó a estudiar derecho.

Por ahí del año 1897 regresó a Hon-



duras. En 1898, bajo la presidencia del señor Bonilla, llegó a ser uno de los asistentes del Secretario de Estado. Después de renunciar, fundó un periódico llamado «El Cronista». En 1899 fué editor de «El Diario de Honduras», periódico fundado al fundirse «El Cronista» y «El Diario».

Después del doctor Bonilla, el general Sierra ocupó el solio presidencial y en 1903 se acusó a Molina de haber escrito un artículo violento contra el presidente Sierra, por lo que fué condenado a prisión y obligado a trabajar rudamente. De pronto estalló una revolución contra el presidente Sierra y Molina se unió a los revolucionarios como editor de «El Boletín de la Guerra». Sin duda alguna Molina es uno de los escritores más provocativos e hirientes entre los que han figurado en la historia de la literatura universal. A veces recuerda a Juvenal y a Víctor Hugo, pero probablemente en esto les supera. (F. Molina).

En 1906 tuvo lugar el Congreso Pan-Americano de Río Janeiro. Como el Brasil es uno de los lugares de la más refinada cultura literaria, la América Central decidió mandar los mejores escritores con las respectivas delegaciones. Entre los elegidos están: Turcios y Molina, de Honduras; Darío, de Nicaragua; y Echeverría, de Costa Rica. Un buen número de hombres de letras se embarcaron con rumbo a Río

Janeiro. Uno de ellos sugirió la idea de que escribieran un poema saludando a los poetas del Brasil y convinieron en elegir el mejor de los poemas para esta ocasión. Se escribieron trece poemas y el de Molina fué aceptado unánimemente. Entre los aspirantes estaba Darío, quien fué el primero en reconocer que el trabajo de Molina era superior. (F. Molina).

Antes de ir a Río, Molina visitó las ciudades de París, Madrid y Lisboa, y se dice que regresó por la vía de Nueva York. Cuando estaba en París, escribió el prefacio de una novela de Turcios: Prefacio de la novela *Annabel Lee* de Froilán Turcios.

Molina contrajo matrimonio con una linda y distinguida señorita, que se casó sin el consentimiento de sus padres; de esta unión nacieron un niño y una niña. La hija, la señorita Berta Molina, vive ahora en Tegucigalpa. Probablemente la irregularidad de la vida de Molina hizo infeliz a su joven esposa, que murió con el corazón despedazado y aceptó la muerte como un don del cielo. Su propio nombre, Dolores Hinestroza, parecía profetizar su funesta existencia. Después de su muerte, Molina escribió una elegía en su memoria. En 1908, se casó de nuevo, esta vez «por poder», con una señorita con quien a duras penas podría haber vivido una semana.

De acuerdo con Sevilla, «Molina murió en San Salvador, el primero de noviembre de 1908. Su muerte está envuelta en el misterio. Algunos afirman que él mismo se quitó la vida. Otros dicen que después de haberse dado a la bebida, decidió dejar de fumar y para obtener momentos de lucidez, usaba morfina. Como no tenía costumbre de usar esta droga, le pidió a un amigo que le aplicara la dosis de morfina y éste no supo graduar la cantidad y le causó la muerte. Se dice también que Molina les dijo a varios amigos que le inyectaran morfina con el objeto de acabar así con su vida».

Murió el 2 de noviembre de 1908 en una cantina en Aculhuaca, una pequeña aldea que queda a una milla de San Salvador. Tres años más tarde, Hernán Rosales y el poeta Alvarez Magaña visitaron el lugar donde había muerto Molina y encontraron detrás del mostrador a una linda muchacha, a quien se le llenaron de lágrimas los ojos cuando les oyó nombrar al poeta. La pobre cantinera no había amado nunca a nadie como a Molina. Después de esta confesión, condujo a los amigos de Molina a un recinto donde apenas se distinguía una mesa entre un sinnúmero de botellas vacías y de sillas abandonadas. Aquella mesa desnuda y dura había sido la almohada en que Molina había apoyado su cabeza al exhalar el último suspiro.